

Licensiosa licencia



- *Esto que ahora siento, es peor que un resfriado común...es gripe - sé auto diagnosticó el Dr. Gonzalo Alexis, apartando las sábanas y volviendo a cubrirse, pues un escalofrío imponente, lo recorrió desde el cuello hasta lo más profundo de sus glúteos - ¡pero tengo que ir a trabajar, no puedo faltar...!*

El médico padecía un agobiante cuadro. Su nariz brillaba como reluciente cereza recién lavada, debido a la intensa congestión nasal. Los intensos golpes de tos continua, como un celoso perro guardián, habían sido una desagradable molestia durante toda esa larga noche de sueños nebulosos. El dolor de cabeza le aprisionaba sus sienes, como una cincha de cuero que se encogía al secarse. La debilidad muscular y los dolores en su espalda, hasta le hicieron dudar si alguna vez podría sentirse nuevamente sano, mientras se preguntaba - *Si yo me siento morir por un vulgar cuadro de gripe ¡¿qué sentirá un enfermo con cáncer...?!*

- *¿Que hago, voy a trabajar o no? - dudó, encadenando a su conciencia, como a una inmensa ligadura de hierro que clamaba ser limada por aquí o más allá - Si no llego a ir, se me van a atrasar todos los pacientes y se va armar lío con los turnos. Me tomo un antigripal y voy...- se dijo a sí mismo, en un supremo esfuerzo de abnegación.*

El consultorio era un hervidero humano en busca de salud. Algunos cansados. Otros malhumorados. Piernas cruzadas. Parados por falta de asientos. Quejas. Llantos de niños. Teléfonos que suenan. Ruidos. Quejas. - *¡una vergüenza...!* - se oye decir por ahí. - *va a tener que esperar a que llegue la doctora* - contesta una voz de secretaria. Un paciente, dos, cinco... diez, que ya fueron atendidos - *¡Qué "carucha" que usted tiene, doctor! Usted necesita un médico...* Sonrisas. Comprensión. Diez pacientes más. Uno, para ser derivado a cirugía de urgencias. Otro, al cardiólogo. ¡Hasta qué aparece el pesado! Es el infaltable en cualquier lado, en cualquier consultorio, en cualquier guardia... ¡Nunca falta!

- *¡Tengo una terrible contractura en el cuello, doctor!* - le plantea un atlético varón de treinta años. Mientras el galeno lo examina, dice que no puede mover el cuello, pero mientras recoloca su camisa se observa de costado en el espejo y no tiene problemas.
- *No se preocupe, no es nada grave; no tiene contractura cuando se lo palpa y con este relajante muscular que le estoy recetando, se le va a aliviar enseguida* - trata de contenerlo el médico en su problemática.
- *Necesito reposo. Quiero licencia médica...* - plantea el supuesto enfermo. El aletear de una mariposa puede producir un tornado en el otro lado del planeta... resulta ser la única frase que se le cruza por la mente al médico, en muda respuesta. Obviamente, permanece en silencio mientras escribe la receta y trata de no pensar en su propia espalda adolorida por la gripe. Temperatura 37,5 grados

- *En diez años, pedí licencia muy pocas veces* - insiste el pretendido doliente. Se puede lograr que el otro cambie de comportamiento por la fuerza, pero la fuerza no resulta muy eficaz cuando lo que se pretende es



conseguir un cambio en la manera de pensar de alguien... vuelve a cruzarse una frase en la cabeza del profesional. Le esta subiendo la fiebre, pero sigue en silencio con el meticuloso llenado de papeles y papeles. Temperatura 37,7 grados.

- *No me pienso retirar del consultorio sin mi licencia médica* – porfía el quejumbroso. Sólo hay algo peor que perder un gran trabajo y es aceptar otro, donde te falten el respeto a cada rato... se le cruza otra vez por la cabeza, pero afortunadamente el médico no responde a las flechas que sigue tirando el insopportable y supuesto aquejado. Temperatura 37,9 grados.
- *Ustedes los médicos no son humanos, no tienen compasión de nadie* – reprocha el requeriente, intentando un cambio de estrategia. Y con el tiempo uno aprende que todo mal, por atroz que parezca, siempre puede ser reemplazado por otro mal aun peor... se le cruza al médico, pero en vez de generarle un prudente silencio, estalla en un exabrupto: - *Mire amigo, yo en este momento estoy mucho peor que usted. Tengo fiebre, tos, dolores por todas partes...* y usted, encima se da el lujo de tratarme de inhumano. Por favor, retírese... - Temperatura 38 grados.
- *Le confieso, "tordo"... tengo que salir con una mina... Usted ¿me entiende? No quiero que se enteren en mi casa...* – Intenta cambiar otra vez el enfoque el aquejado, ahora ostentando una expresión de desesperación – *Yo... le quiero ser sincero, hablarle de frente. No le quiero mentir...* - En forma espontánea se dice la verdad, pero la mentira, se aprende. Es imposible entender la mentira con la verdad, o el desorden con el rigor. Ser inflexible ante la falsedad y la mentira, pero nunca pretendiendo que todos acepten mi verdad. Medita tranquilo el Dr. Gonzalo Alexis, en las frases que le sugieren las palabras del aspirante a una licencia. Temperatura 38,5 grados.

Joseph Fouché, el genio tenebroso, el ministro de policía de Napoleón, de tan triste memoria, afirmaba que todo hombre tiene su precio; lo que hacía falta saber, era cuál... Hombres sin precio ¿existirán? Todo hombre tiene su precio, pero la mayoría esta en oferta o en decidido plan de rebajas... y el enfermo subió el monto de su oferta para no volver a fallar y a la cifra anterior, le agregó cincuenta más. Ofreció comprar su licencia médica. Y el médico, aceptó.

Y la licencia salió caminando, de la mano de la fiebre.